



**EL ACTIVISMO
TRANQUILO**

NACHO

CORREDOR

UN MANIFIESTO

SUBJETIVO

A FAVOR DE

LA CONVIVENCIA

Nacho Corredor

El activismo tranquilo

Un manifiesto subjetivo a favor
de la convivencia

Ariel

Primera edición: febrero de 2022

© 2022, Nacho Corredor

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3512-4

Depósito legal: B. 1.213-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

1. Cuando hizo falta reivindicar la democracia en un debate presidencial	13
2. Cuando los jóvenes alzaron la voz dentro y fuera de la universidad.	33
3. Cuando Madrid entró en ebullición y casi queda en nada.	65
4. Cuando el Rey irrumpió en televisión y un programa me despertó a las seis.	87
5. Cuando el sistema se revolvió contra un economista socialdemócrata	117
6. Cuando los autodenominados constitucionalistas deslegitimaron la Constitución	135
7. Cuando España tuvo (y tiene) la oportunidad de refundarse	151
8. Cuando debatimos si volver a casa por Navidad	165
<i>Epílogo</i>	175

Cuando hizo falta reivindicar la democracia en un debate presidencial

23 de abril de 2021. Sant Jordi. Día Internacional del Libro. Hoy hace 44 años que más de cien mil personas se manifestaron en la entonces plaza Sant Jaume de Barcelona, pidiendo la restauración del Estatuto de Autonomía de Catalunya suspendido por la dictadura franquista. Los manifestantes apoyaban la entrega de una carta al entonces alcalde, José María Socías, en la que también se solicitaba que el catalán fuera considerado lengua oficial de la ciudad. Un año antes, también un 23 de abril, se fundaba el diario *Avui*, el primer periódico editado en catalán desde el final de la Guerra Civil. Estamos en plena Transición.

También hoy hace 44 años que Leopoldo Calvo Sotelo, quien años después se convertiría en presidente del Gobierno tras una sesión de investidura en la que algunos militares intentaron dar un golpe de Estado, dimitía como ministro de Obras Públicas del Gobierno del entonces presidente Adolfo Suárez. Unos días antes se habían convocado las primeras elecciones libres desde la Segunda República para junio del mismo año, y

Calvo Sotelo sería candidato de la Unión del Centro Democrático (UCD). Algo se movía.

El 23 de abril de 1977, hoy hace 44 años, el diario *El País* abría su portada con un importante anuncio: «Vía libre a las centrales sindicales». Tras décadas de dictadura, los sindicatos Unión General de Trabajadores (UGT) y Comisiones Obreras (CC. OO.) estaban a punto de ser legalizados. El Gobierno había aprobado el día anterior en el Consejo de Ministros uno de los Reales Decretos más importantes de nuestra historia reciente: se acabaron los sindicatos verticales. Meses después, la Constitución reconocería el papel de los sindicatos como uno de los principales instrumentos de participación política de los trabajadores. Tan solo unas semanas antes, el Partido Comunista de España (PCE) había sido legalizado. La democracia avanzaba.

El mismo día, un 23 de abril de hace más de cuatro décadas, *La Vanguardia* informaba de que la mañana anterior el Parlamento europeo había aprobado por unanimidad la entrada de España en la Comunidad Económica Europea. Esa misma tarde, la del 23 de abril, el entonces rey Juan Carlos llegaba a nuestro país tras una visita de Estado a Alemania que fue calificada por el entonces presidente Walter Scheel como un «nuevo capítulo de las relaciones hispano-germanas». España se abrió al mundo.

La mañana del sábado 23 de abril de 1977, *El País* también anunciaba otro hecho significativo: Carlos Arias Navarro, el expresidente del Gobierno designado por Franco tras el asesinato de ETA del almirante Luis Carrero Blanco, quería ser senador de Alianza Popular (AP). El marqués Arias Navarro había anunciado su candidatura el día anterior en una entrevista para el

diario *ABC*, en medio de elogios a Manuel Fraga, exministro de los Gobiernos de Franco y fundador de AP, la formación que antecedería al Partido Popular (PP) y gobernaría España, y cuya candidatura al Senado lideraría el viejo marqués. Lo nuevo y lo viejo se unían en plena Transición.

La prensa de la época reflejaba el clima preelectoral que vivía España justo 44 años antes del 23 de abril de 2021. En la página 24 de *La Vanguardia*, y con la Constitución todavía pendiente de ser redactada, se promocionaba *El Eurocomunismo*, de Santiago Carrillo, un libro donde el entonces líder del PCE reivindicaba el «eurocomunismo como el único modelo revolucionario posible en países capitalistas desarrollados». Unas páginas antes, en otro anuncio, esta vez en catalán, un partido reivindicaba ser «la afirmación de un auténtico regionalismo que materialice las justas aspiraciones de Catalunya». «Libertad con orden», concluía. Ese partido que reivindicaba en catalán las justas aspiraciones de Catalunya y ponía límites a la libertad era Alianza Popular. La historia y la realidad son complejas.

Han pasado 44 años y, tras décadas de consolidación de nuestra democracia, estamos en medio de otra campaña electoral. El eurocomunismo es ahora una ideología proscrita por el *mainstream* y ya no se promociona en la prensa liberal, el Partido Popular de Ayuso reivindica la libertad sin peros y los conservadores han sustituido la reivindicación del regionalismo catalán por la creación de uno nuevo: el madrileño. En la mañana del 23 de abril de 2021, *El Mundo* informa de que «la izquierda avanza, pero sigue aún lejos de amenazar a Ayuso». En unos días hay elecciones autonómicas en la

Comunidad de Madrid y la ya presidenta Isabel Díaz Ayuso está a punto de ganar por primera vez y por mucho unas elecciones.

LA SER, TESTIGO DE LA HISTORIA

Dos días antes, el miércoles 21, Ayuso es entrevistada por Àngels Barceló (una de las referentes profesionales por las que alguna vez valoré ser periodista) en la Cadena SER. En el estudio, le acompañamos también José Luis Sastre (un joven periodista que combina la sutileza con la solvencia), Verónica Fumanal (seguramente la principal experta en comunicación política de nuestro país) y yo. Hay muchos silencios antes y después de la entrevista. Ayuso no confronta. Cae bien. Se sabe fuerte. Le basta con pasar desapercibida. Sabe que está ante una audiencia progresista. Lleva un año siendo la antagonista del presidente del Gobierno, ha pasado de ser una política ridiculizada por propios y ajenos a ser una de las principales líderes de la derecha y está a punto de ganar unas elecciones. Sus primeras elecciones. Incluso se permite criticar a VOX, un partido sin cuya complicidad no sería presidenta. En la entrevista insiste en algo que ya ha anunciado: no va a participar en el debate electoral del próximo viernes organizado por la SER. El viernes 23 de abril de 2021 Ayuso no es la protagonista.

Esta repite fuera de micrófonos que en las horas posteriores a la entrevista va a preparar el único debate en el que finalmente participará. Será ese mismo miércoles en la televisión pública regional, en Telemadrid,

aunque también quiere evitarlo, y estará moderado por María Rey (una de las pocas presentadoras de televisión que se ha pateado el Congreso de los Diputados durante años) y Jon Ariztimuño (el jefe de informativos, que será cesado semanas después). Tras la entrevista de la SER, Ayuso participa en la tertulia matinal de «120 Minutos» en Telemadrid (también con Rey a los mandos), para anticipar su estrategia en el debate de esa noche: tiene suficiente con no cometer un gran error. Y así será.

Es 23 de abril de 2021 y la suerte está echada. Ayuso logra salir viva días antes del debate de Telemadrid (mientras el candidato socialista Ángel Gabilondo verbaliza un giro a la izquierda y un cambio de estrategia en mitad de la campaña que confunde dentro y fuera del partido) y no necesita una remontada en la Cadena SER. No se presenta. En España, a diferencia de otros países, la celebración de debates electorales no es obligatoria y su participación depende de la libre voluntad de los políticos. Algunas organizaciones como la Asociación de Comunicación Política (ACOP), presidida por Verónica Fumanal, proponen que sean obligatorios. Pero de momento no lo son y Ayuso cree que no los necesita. La portada de *ElDiario.es* abre esa mañana con el siguiente titular: «La izquierda confía en el debate y en el CIS para pelear la campaña: hay partido».

La verdad es que horas antes de empezar, el debate no promete demasiado. Ayuso no va a ir y solo cabe la posibilidad de que VOX salga beneficiado liándola con Podemos para situarse como el mejor dique de contención a la candidatura del ya exvicepresidente Pablo Iglesias (que pasó por el Gobierno sin nacionalizar ni una

sola empresa, pese a ser considerado el máximo exponente del comunismo en nuestro país). Alternativamente, en un contexto en el que Más País empiece a superar al PSOE en algunas encuestas, el debate puede servir para visualizar el nuevo giro de los socialistas buscando la complicidad de Iglesias y las alianzas que se generan en la izquierda. A la vista de los resultados, acabó resultando estéril. Y, aunque finalmente ocurren ambas cosas, no son ni de lejos las más llamativas. Lo que pasa en el debate supera cualquier expectativa. La SER acierta manteniéndolo.

Las semanas previas al debate se producen varios hechos sintomáticos: una sede de Podemos es incendiada en Murcia; concejales de Ciudadanos en la misma ciudad que habían participado de una moción de censura contra el PP en el Ayuntamiento denuncian haber sido espionados por detectives, y un mitin de VOX acaba suspendido tras ser boicoteado por manifestantes que lanzan piedras. Asimismo, unas horas antes del debate, Iglesias recibe junto al ministro del Interior Fernando Grande Marlaska una carta amenazante en un sobre con balas. Estamos en 2021. La precampaña y la campaña electoral se mueven en la excepcionalidad.

La convocatoria de elecciones en la Comunidad de Madrid no estaba prevista unas semanas antes: quedaban dos años para acabar la legislatura y el PP contaba con suficientes apoyos. Asimismo, los meses previos todas las instituciones habían dedicado su energía a la gestión de la pandemia de la covid-19 y estaba instalado en el debate público que anticipar elecciones era una temeridad. Apenas dos meses antes se habían convocado elecciones en Catalunya, tras la inhabilitación de

Quim Torra, e incluso algunos partidos usaron el pretexto de la pandemia para evitarlo.

En esa ocasión, me convertí en una voz muy minoritaria al defender en el debate público que, dado que la convocatoria de las elecciones en Catalunya era automática tras la inhabilitación de Torra, estaba ya regulada y el presidente en funciones, Pere Aragonès, no tenía competencias para suspenderlas; retrasarlas habría sido un abuso de poder. Se sabía que se iba a producir ese escenario electoral y si no se habían dispuesto mecanismos para que las elecciones fueran lo suficientemente seguras había habido dejación de funciones. ¿El objetivo real? Probablemente evitar el ascenso del PSC y de Salvador Illa (un político excepcional, porque la racionalidad es excepcional en la política contemporánea), ganador de esas elecciones.

En alguna tertulia incluso ironicé solicitando asistencia jurídica para interponer un recurso como votante. No lo decía tan en broma. Aunque los tribunales defendieron finalmente esta hipótesis, y no se produjo el apocalipsis pandémico que algunos anunciaban el día de las elecciones, la opinión mayoritaria era que convenía retrasarlas. El miedo por la pandemia justificaba los excesos para muchos. En ese contexto, aunque Ayuso habría intentado anticiparlas en Madrid en alguna ocasión, aprovechando la progresiva debilidad de Ciudadanos, no tenía el respaldo de su partido. Meses después trascendería que Ayuso acabaría bloqueando de su WhatsApp al secretario general de su formación. Ríete de la división de la izquierda.

MURCIA, EL EPICENTRO DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA

Sin embargo, la historia se precipitó, una vez más. El 10 de marzo de 2021 el periodista murciano Javier Ruiz Martínez adelantaba que el PSOE y Ciudadanos registrarían en las próximas horas una moción de censura en la Región de Murcia. Esa mañana, coincidí con Verónica Fumanal en la tertulia del *Hoy por Hoy* y nos enteramos por boca de Pedro Blanco de lo que se iba a anunciar en unos minutos. Nos pilló a todos por sorpresa, pero algunos nos autoconvencimos (supongo que intentando darle un sentido, los sesgos condicionan percepciones) de que estábamos ante una operación estructural pactada por el PSOE y Ciudadanos, donde la formación liberal iba a enmendar la estrategia iniciada dos años antes en la que regaló todo el poder autonómico al Partido Popular, salvándolo en su peor momento, ayudándole a retener el poder institucional en regiones donde ni siquiera había ganado las elecciones y evitando una alternancia en el poder que podría haber oxigenado las instituciones, como era el caso de la Comunidad de Madrid, Castilla y León o Murcia. Ilusos.

En aquella época, semanas después de las elecciones autonómicas de mayo de 2019, un dirigente del partido con quien tenía cierta confianza y de quien esperaba un análisis honesto intelectualmente, me justificó en una conversación informal la estrategia de Ciudadanos, renunciando a pactar con el PSOE a nivel nacional y autonómico, los peligros que representaba el «sanchismo» para la economía y para la estabilidad de España. No dejaba de sorprenderme que los diri-

gentes de un partido liberal se creyeran de verdad que Pedro Sánchez, un economista al que no se le conoce ninguna expropiación y que apoyó la suspensión de la autonomía tras declararse la independencia en Catalunya, era un riesgo sistémico. Pasados los meses, acabé asumiendo que, al igual que pasó con los líderes del *procés*, en Ciudadanos acabaron asumiendo su propia propaganda, acelerando con ello su descomposición: se habían convertido en la muleta del PP y habían renunciado a dar juego a izquierda y a derecha. Habían renunciado a matizar las posiciones de la izquierda y habían renunciado a contribuir a la modernización de la derecha, formando parte de la misma ecuación que un partido reaccionario como VOX. Habían renunciado a su razón de ser y se habían creído sus propias mentiras.

La operación en Murcia fue una chapuza todavía hoy difícil de entender, que parecía no contemplar escenarios posteriores y que dio tiempo suficiente al PP para reaccionar. No se explicaron bien las causas (si durante semanas hubieran hablado de la corrupción que denunciaban del PP en la Región, se habría entendido como algo más que una operación oportunista y quién sabe si hubiera evitado su inanición) y la ausencia de coordinación dio margen a que sus hasta entonces socios reaccionaran: por un lado (legítimamente), anticipando las elecciones en Madrid y, por otro lado (ilegítimamente y rompiendo el Pacto Antitransfuguis-mo), ofreciendo prebendas a algunos diputados de Ciudadanos en Murcia para evitar el triunfo de la moción en la Región. Todavía hoy me pregunto quién ideó y fue responsable de impulsar una moción de cen-

sura en una Comunidad sin preparar el terreno, sin dar muchas explicaciones y sin anticipar que no hacerlo exactamente en el mismo instante en otras Comunidades (como Madrid) era una buena idea. El PP no es, desde luego, un partido naif.

Esa misma mañana en la que Blanco entró en el estudio de la Gran Vía de la SER a anticipar a los presentes la que sería probablemente una de las noticias del año, algunos nos autoconvencimos también de que el PSOE y Ciudadanos iban a presentar una moción en la Asamblea de Madrid. Así lo insinué esa mañana. Pero cuando un analista sustituye su función de comentarista por la de tarotista, suele equivocarse. La ausencia de oposición de los socialistas en la región durante el último año se visualizó también ese día. Fue el partido de Iñigo Errejón (uno de los representantes más seductores de la política española) el primero en registrar una moción. El PSOE fue a rebufo. Y, entre tanto, y en medio del caos y la descoordinación, Isabel Díaz Ayuso ya había convocado las elecciones. Las encuestas publicadas en las horas posteriores habían eliminado del mapa a Ciudadanos (y a Podemos, pero solo temporalmente).

Es viernes 23 de abril de 2021. La pandemia ha evitado que en las calles de Barcelona se pueda celebrar el día de Sant Jordi por todo lo alto. Hace 44 años que cien mil personas pedían recuperar el Estatuto de autonomía suspendido por la dictadura franquista, y en las calles de Madrid asistimos a una extraña nueva normalidad. Desde hace meses, la Comunidad de Madrid se ha convertido en una excepción en la gestión de la pandemia y, aunque fue la primera región en proponer un toque de queda por las noches (me pregunto todavía

hasta qué punto prohibir la libre circulación un miércoles a las dos de la madrugada ha tenido impacto en la pandemia), los bares y los restaurantes están abiertos gran parte del día, a diferencia de lo que ocurre en muchas Comunidades. Ayuso consigue con ello, y con su confrontación sistemática a las medidas que propone el Gobierno de España, que su mensaje de campaña se interiorice por buena parte de la ciudadanía y se asuma que en Madrid se respira libertad. Libertad para beber cerveza. Ayuso ha aprovechado la gestión de la pandemia para consolidar su liderazgo e incluso ha recibido a Sánchez (y su equipo se prestó a ello, quién sabe si con la idea de debilitar a Pablo Casado) en su despacho con una escenografía propia de una cumbre internacional. Las reuniones con el presidente de la Generalitat Pere Aragonès a partir de ahora van a saber a poco y las críticas del PP van a parecer una broma.

Horas antes del inicio del debate de la SER al que Ayuso no asiste, el exvicepresidente Iglesias (que renunció a su cargo para participar en esta campaña electoral, salvando así a su partido de la desaparición) y el ministro del Interior han recibido una carta amenazante con balas. No sería la única amenaza de esas semanas: días después, la ministra Reyes Maroto recibe una navaja en su despacho con restos de lo que aparentemente es sangre. Al cabo de unas horas, se filtra que la persona que lo envía tiene problemas mentales y algunos intentan quitarle hierro al asunto. Jo Cox, la diputada laborista a la que mataron durante la campaña del Brexit, fue asesinada por una persona con un perfil similar. El contexto de esas elecciones y de la vida política en España lleva tiempo condicionado por la deshu-

manización del adversario. Tenemos ejemplos en nuestra historia reciente como para no frivolar. Conviene tan poco exagerar la situación, como quizá algunos intentaron, como relativizarla, como algunos probablemente hicieron. Hace 44 años, perfiles tan antagónicos como Santiago Carrillo o Leopoldo Calvo Sotelo iniciaron un proceso de Transición justamente para dejar atrás la deshumanización del adversario propia de las décadas anteriores. Durante décadas, los Gobiernos democráticos hicieron esfuerzos para acabar con la deshumanización del adversario, cuya máxima expresión en democracia estuvo en ETA. Hay que aprender de la historia.

El debate empieza con Iglesias exigiendo a VOX rechazar tajantemente las amenazas y Rocío Monasterio, su candidata en la región, dice no creerse nada de lo que diga este. Curioso que las amenazas solo preocupen cuando le afectan a uno mismo. Iglesias exige rectificación, no la consigue, decide abandonar el estudio y el debate continúa. En una sala anexa, algunos analistas que hemos sido invitados para comentar después el debate con Aimar Bretos a los mandos seguimos lo que está pasando en los estudios centrales de la SER: Fumanal (que dio en el clavo al señalar que la función de VOX es romper los consensos sobre los que se sustenta nuestra democracia y Constitución), Pedro Herrero (un sagaz y provocador polemista proveniente de Ciudadanos), Daniel Bernabé y yo. Aun a riesgo de parecer cursi, como le dije a la periodista Mamen Mendizábal esa misma tarde en La Sexta: se me cayeron las lágrimas.

He tenido la oportunidad y la suerte de crecer en un entorno politizado y muy respetuoso con la pluralidad de ideas, aunque en mi familia directa no haya habido nadie que se haya dedicado ni a la política ni al periodismo. La militancia de mi padre durante la Transición en el Partido Socialista Popular (liderado por el carismático Tierno Galván) o de mi madre en el Partido de los Trabajadores (en el que también militó José Montilla) no tuvo continuidad en sus biografías. Cuando introduces mi nombre en Google, entre las sugerencias de búsqueda está la palabra «padre». Intuyo que mucha gente pregunta por mi origen familiar. Es un ejercicio interesante, pero si alguien pretende hacer algún tipo de inferencia entre mi proyección pública y el origen familiar, el ejercicio es estéril: mis progenitores han tenido una vida de asalariados anónimos. Sin embargo, no ha habido día en el que en mi casa no entrara la prensa, ni ha habido día en el que no haya visto acumulados libros de historia del siglo xx en el comedor de la casa de mis padres (eso y las maquetas de trenes resumen mi infancia). No es la primera vez que cuento, lo hice también en los micrófonos de la SER en San Sebastián (una ciudad preciosa, pero no más que Santander, Ciutadella de Menorca o Palma de Mallorca) ante la sorpresa de Àngels Barceló y las risas cómplices de Verónica Fumanal, que el tío de mi bisabuelo sí era político.

Se llamaba Sabino Arana y fundó el PNV. Fue un personaje reaccionario incluso para la época y a cuyos descendientes directos no conozco. Pero contar esa re-

lación aleatoria que suponen a veces las grandes familias, o, mejor dicho, las familias grandes, me sirve de pretexto para compartir una doble reflexión: la primera, que la vida y la historia están llenas de contradicciones y, la segunda, que en mi familia siempre me han transmitido una visión respetuosa ante quien no piensa como yo, una versión compleja de lo que ha sido nuestra historia y una reivindicación del valor de la democracia. La vida crece entre los matices.

El sobrino de Sabino Arana era mi bisabuelo. Se llamaba José Corredor Arana. Fue asesinado en Paracuellos del Jarama, en uno de los capítulos más controvertidos de nuestra historia, que una parte de la derecha siempre usa para justificar el golpe de Estado del 36 y evidenciar que la República era muy mala, olvidando que no solo hubo un golpe, sino que después hubo cuarenta años de dictadura. En Paracuellos fue asesinada injustamente mucha gente meses después del golpe de Estado, y en un contexto de desbordamiento del Gobierno de la República. Mi bisabuelo fue comandante hasta la llegada de Manuel Azaña al Gobierno de la República. Dado el exceso de oficiales que había en nuestro Ejército, el nuevo Gobierno republicano mandó a muchos de ellos a la reserva (manteniéndoles el sueldo íntegro, para que luego digan que la República no trató bien a los militares). En 1936, y ante la inminente entrada de los golpistas en Madrid, mi bisabuelo fue requerido. No atendió la llamada (por pereza de volver a la vida militar) y fue asesinado junto a miles de personas.

Mi bisabuelo, a diferencia de muchas de las víctimas del franquismo, descansa en un cementerio y sus descendientes directos fueron reparados, también a dife-

rencia de muchas de las víctimas del franquismo. Su hijo, mi abuelo, Ulises Corredor, se quedó huérfano muy joven y también fue militar. No estaba entre sus aspiraciones, quería estudiar Derecho. Pero acabó siendo ingeniero técnico aeronáutico y accediendo a las oportunidades que le brindaron. Su hijo, mi padre, alejado ya de la tradición de su padre y de su abuelo, siempre me contó esta historia familiar y dramática en el contexto de la historia más reciente de nuestro país sin aspavientos, atendiendo a la complejidad de nuestro pasado, y transmitiéndome el valor de la vida en democracia. Cuando uno escucha todavía hoy a exministros de la Transición negar la existencia de un golpe de Estado en el 36, como hizo Ignacio Camuñas en julio de 2021 en un acto del Partido Popular, a dirigentes políticos en activo negar la necesidad de reparación a las víctimas del franquismo, o visualiza como algunos pretenden negar la existencia del adversario y lo deshumanizan, no puede sino lamentar la ausencia de Memoria en un país que tan solo hace 44 años estaba celebrando sus primeras elecciones libres, tras más de cuatro décadas en las que los sindicatos, las lenguas españolas diferentes al castellano, hoy cooficiales, y la oposición socialista o comunista estaban perseguidos.

Cuando el 23 de enero de 2021 la representante de VOX en el debate de la Cadena SER le dijo a Iglesias aquello de «váyase usted de aquí», expresando incluso un potencial deseo de desaparición, el «quite esa cara de amargada» a Mónica García, convirtiendo un debate electoral en una cuestión prepolítica y primitiva, o acusó a la Cadena SER de ser una «dictadura», frivoliando sobre lo que supone la ausencia de derechos y

libertades, la reacción más espontánea (y probablemente como síntoma de impotencia ante el desprecio a la pluralidad que se vivió) fueron esas lágrimas. Esa mañana, como señaló Fumanal en la tertulia posterior, algo había cambiado. Y no fue, precisamente, la campaña electoral. Fue algo más. Aquella mañana la principal novedad fue que una periodista, Àngels Barceló, se vio en la necesidad de tener que reivindicar la democracia ante las acusaciones de activismo de un partido reaccionario en un debate entre los principales partidos que aspiran a gobernar casi 44 años después de las primeras elecciones libres en décadas. La democracia es un invento muy reciente y no hay que darla por descontada. Por supuesto que hay que hacer activismo en favor de la vida en democracia.

Isabel Díaz Ayuso no estuvo en ese debate. Y, visto lo visto, fue una decisión sagaz. Haber estado allí la hubiera obligado a posicionarse frente a los excesos de VOX. Sin embargo, lo tenía todo de cara: llevaba cerca de un año preparando ese momento. Ayuso, que fue investida presidenta tras uno de los peores resultados de su partido en Madrid con la complicidad de Ciudadanos y VOX, consolidaba días después su liderazgo, dejando al partido liberal fuera del mapa e implicando en su investidura a un partido reaccionario que tampoco tiene mucha más alternativa que apoyarla. Sería incomprendible para su propio electorado que, ante la amenaza que dibujan unos partidos comunistas acechando nuestras libertades, ellos se pusieran de perfil y no facilitarían al PP consolidar su posición. Por cierto, atendiendo a la descripción que hacen algunos de cómo es hoy nuestro Gobierno («okupa», «golpista» o «criminal»), convie-

ne todavía más que nunca cuestionar la descripción que hacen algunos de la República y del Gobierno democrático de hace ochenta años contra el que sí dieron un golpe de Estado.

Tras una hora de debate, en ausencia de Iglesias, se produjo una pausa. Ángel Gabilondo salió a la terraza de la SER (desde donde se tiene una de las mejores vistas panorámicas de Madrid), atendió una llamada y, al entrar de nuevo al estudio, anunció que abandonaba el debate. Se acabó. Las horas y días posteriores dieron una virtual moral de victoria a los partidos de izquierdas. Pero lo que pasó después es por todos conocido: Ayuso ganó las elecciones, el PSOE quedó por detrás de Más Madrid, Podemos logró seguir en la Asamblea con un discreto resultado, Iglesias abandonó la política y Ciudadanos se quedó sin representación parlamentaria. Ayuso conseguía en Madrid algo parecido a lo que ya había conseguido Esperanza Aguirre una década antes. En tiempos de política pop, y en tiempos de fragmentación y pluripartidismo, había nacido una estrella que disponía de una amplia mayoría.

La noche de las elecciones, también en la SER y en un especial dirigido por Pepa Bueno, coincidí, entre otros, con José Antonio Zarzalejos (una *rara avis* del periodismo contemporáneo, capaz de analizar con racionalidad la complejidad de la realidad), que anticipó lo que ocurriría semanas después: las elecciones de Madrid tendrían consecuencias. Al cabo de pocos meses, el presidente del Gobierno cambió a su entorno más directo y renovó el Consejo de Ministros, rumbo a las próximas elecciones generales, casi medio siglo después de las primeras de nuestra historia reciente.

La democracia española que se empezó a diseñar hace poco más de cuatro décadas (anteayer en términos históricos) no se explica sin la voluntad y la capacidad de socialdemócratas, liberales, conservadores, democristianos o eurocomunistas con diferentes visiones de España, modelo de Estado y organización territorial, de construir un proyecto y un futuro compartidos, aislando a los más reaccionarios del proceso de toma de decisiones y teniendo la capacidad de interiorizar la importancia de convivir para el progreso de la sociedad. La historia nos sirve para evitar errores, pero también para repetir las fórmulas de éxito y para tomar suficiente perspectiva como para valorar el sistema de derechos y libertades que llevamos décadas consolidando y seguir esforzándonos por mantenerlo. No es necesario hacer un análisis acríptico de la Transición (llena de luces y sombras) para valorar su aportación a nuestra historia reciente.

UN MANIFIESTO A FAVOR DEL RESPETO AL DIFERENTE Y POR LA VIDA EN COMÚN

Cuando Emili Albi, editor de Ariel, me propuso escribir este ensayo descartamos juntos su primera idea: hacer un ensayo filosófico sobre el futuro de la democracia. Mi respuesta fue que mis reflexiones sobre el tema no daban para más de cinco folios (hay que ser consciente de tus limitaciones) y ya lo había compartido hace pocos años en un artículo de *El Confidencial* que firmé junto a Javier Alemán, un incipiente jurista con el que dediqué muchas horas a reflexionar sobre el futu-

ro de la democracia. Tampoco me veía estudiando y traduciendo durante un año contenidos de terceros. Ya hay mucho escrito y más original sobre el tema. Pero Albi me insistió en la idea de escribir un ensayo con voluntad de prescribir. Agradezco su confianza.

Finalmente, encontramos la fórmula que pudiera interesar al lector y que intentase aprovechar este espacio para aportar valor al debate público. En la última década he tenido la oportunidad de vivir de cerca como observador, a veces como observador participante, algunos de los acontecimientos que han marcado a mi generación y que, probablemente, marquen a las próximas, tanto desde el sector público como desde el sector privado, en la empresa, en la Administración, en los medios de comunicación o en la universidad. De esas experiencias, consideramos que podría compartir un análisis y reflexiones útiles para el lector.

Este libro no pretende ser un manifiesto filosófico, tampoco una crónica política, ni desde luego una suerte de memorias. Pero pretende animar desde el análisis en primera persona de algunos de los hechos más relevantes de la última década, compartiendo experiencias acumuladas en este tiempo, a seguir manteniendo viva la necesidad de consolidar nuestra democracia y a seguir exigiéndonos entre todos hacer esfuerzos desde cualquiera que sea nuestra posición para garantizar una máxima de cualquiera que aspire a vivir en libertad y en sociedad: el respeto al diferente y la vida en común.

En un contexto de crispación, en un contexto de progresivo aumento de la popularidad de una visión reaccionaria de la historia, y donde los enemigos de la democracia en Occidente empiezan a hacerse un hue-

co de nuevo, este libro pretende contribuir al debate público reivindicando la necesidad de comprometerse con los valores democráticos, de entender al que no piensa como tú, de seguir pactando un marco de juego que permita desarrollar una vida compartida, de racionalizar el debate público o de renovar los consensos entre los mismos que los hicieron posibles en el pasado y que nos han permitido algunas de las décadas con más libertad, igualdad y estabilidad de nuestra historia.

Este libro es un manifiesto en favor del respeto y la convivencia. Un manifiesto que toma partido, sin ser partidista. Escrito desde la subjetividad de un joven *millennial* que nació en un mundo analógico, pero que pasó a la edad adulta en un mundo digital, socialdemócrata a fuer de liberal (actualizando el planteamiento original de Indalecio Prieto), parido en democracia en Santander, que ha crecido en Catalunya (y sueña en catalán), que ha estudiado en la educación pública, que vive y trabaja en Madrid, que ha tenido, por el momento, puta suerte (que todavía hoy condiciona el futuro más que la falacia del discurso de la meritocracia), con unos valores y experiencias que condicionan su visión del mundo y que aspira a seguir viviendo en una España plural.

Este libro es un manifiesto que expresa, lejos de la equidistancia, una visión de la última década y un compromiso individual para que en las próximas décadas sigamos desarrollando el éxito colectivo que ha supuesto la excepcionalidad de la vida democrática en nuestro país. Con la convicción de una forma de entender el mundo y la vocación de convivir con quien piensa diferente.

Gracias por adelantado por tu interés y gracias a todos los que han hecho posible llegar hasta aquí.